
Contactos y presagios*

Rodrigo Martínez

La canoa mercante de 1502

El primer contacto conocido entre los europeos y la civilización mesoamericana ocurrió en 1502, cuando Cristóbal Colón, en su cuarto y último viaje, se topó en el Golfo de Honduras con una pesada canoa cavada en un enorme tronco de árbol.¹ Era un barco mercante mesoamericano, de los que navegaban entre Veracruz y Honduras. Colón apresó a sus veinticinco ocupantes, hombres, mujeres y niños, les hizo quitar sus ricos atuendos, y quedaron desnudos, “cubriéndose las vergüenzas”. Colón les robó las mercancías “de mayor vista y precio”, todas desconocidas en las islas antillanas: mantas, paños y camisetas de algodón, finamente trabajadas y pintadas, macanas con filosas puntas de obsidiana, hachas de cobre, vino de maíz y piezas de cacao. (El cacao era una forma de dinero mesoamericano. Cuenta Fernando Colón, hijo de Cristóbal, que cuando se les caía un grano al suelo, “todos se agachaban en seguida a recogerlo, como si se les hubiese caído un ojo”.)

* Presenté un resumen de este ensayo en el XVII Congreso Internacional de Historia de las Religiones, ciudad de México, 5-12 de agosto de 1995. Una primera versión apareció en la revista *Tinta Seca*, núm. 27, Cuernavaca, Morelos, septiembre-octubre de 1997, pp. 23-28.

Cristóbal Colón se enteró entonces de que estas finas mercancías venían del occidente, donde había tierras mucho más ricas y pobladas que las islas antillanas. Sin embargo, no quiso buscarlas y prosiguió su vana exploración del litoral de Tierra Firme, tratando de encontrar un paso por agua hacia China.

Los historiadores suelen destacar en este desafortunado primer encuentro la ceguera del almirante, que estuvo a punto de descubrir México y no quiso ver. Pero no se suele considerar el punto de vista indio: que los despojados mercaderes mesoamericanos debieron relatar, en los puertos y mercados que recorrían, el infortunado encuentro con estos malolientes, extraños y agresivos ladrones, pálidos, rubios y con pelos en la cara, que navegaban en enormes embarcaciones y hablaban una lengua desconocida. Siguiendo las rutas del comercio, la noticia se difundió rápidamente en los señoríos y reinos mesoamericanos.

Este encuentro sucedió en 1502, y los presagios o augurios mexicanos sobre la llegada de los españoles se produjeron, según fray Bernardino de Sahagún, durante el reino de Moctezuma Xocoyotzin, quien precisamente gobernó entre 1502 y 1520. Sahagún registra el presagio de una viga que cantó en la casa del canto, y precisó: “Lo cual aconteció cuando la fama de los españoles ya sonaba.” El texto original en náhuatl expresa lo mismo: “*In muchiuh, y, ie iuh*

oalmachizti in Españoles”, “Lo cual aconteció cuando ya vinieron a ser conocidos los españoles”.²

El texto del título del primer capítulo del libro XII del *Código Florentino* merece discusión aparte. El texto en español dice: “Capítulo primero de las señales y pronósticos que aparecieron antes que los Españoles ueniesen a esta tierra ni vuese noticia dellos.” El texto en náhuatl dice: “*Inic ce capitulo vncan mitoa in nez, in mottac in machiotl yoan in tetzavitl, in ai amo valhui españoles, in nican tlalli ipan, in ai amo no iximachoa in nican chaneque.*” Traduzco: “Capítulo primero, donde se dice que aparecieron, fueron vistos signos y presagios, cuando aún no venían los españoles a esta tierra, cuando aún no eran conocidos los habitantes de aquí.” Sigo en esta última frase la rigurosa traducción de James Lockhart: “*before the people who live here were known*”, que difiere de todas las traducciones previas, coincidentes con la del mismo Sahagún, antes de que hubiese noticia de los españoles, y por la que el mismo Lockhart se inclina, sin poderlo justificar gramaticalmente.³ Pero tal vez su traducción rigurosa sea la correcta: eran los españoles los que no tenían noticias de los mesoamericanos, y, a la inversa, los mesoamericanos tenían noticias de los españoles, a través de rumores, signos y presagios.

Los augurios de la conquista se produjeron en Michoacán durante el reino del *cazonci* Zuangua, contemporáneo de Moctezuma. Entre otras mercancías, la canoa de 1502 transportaba, según Fernando Colón, “hachuelas para cortar leña, semejantes a las de piedra que usan los demás indios, salvo que eran de buen cobre; y también de aquel metal llevaban cascabeles y crisoles para fundirlo”. Este cobre debió ser michoacano,⁴ por lo que no extraña que los presagios michoacanos de la conquista española hayan sido referidos en una de las fuentes más tempranas del siglo XVI, la *Relación de Mechuacan*, de 1541,⁵ atribuida al franciscano fray Jerónimo de Alcalá,⁶ muy anterior a las fuentes sobre los presagios en la zona nahua (López de Gómara, Cervantes de Salazar, Sahagún, Durán, Muñoz Camargo, Alva Ixtlilxóchitl). Y el historiador decimonónico Eduardo Ruiz menciona precisamente,

no sé de qué fuente, “las noticias traídas por los comerciantes que volvían de Honduras”.⁷

Los naufragos de 1511

En 1511 se produjo otro encuentro de europeos con Mesoamérica. Un barco español naufragó en los bancos de arena de la isla de Jamaica y algunos sobrevivientes lograron llegar a la costa oriental de la península de Yucatán, donde los apresaron los mayas. Algunos naufragos fueron sacrificados, pero dos cuando menos se salvaron y fueron esclavizados en Zama, la actual Tulum, que les pareció tan espléndida como Sevilla. Uno de ellos, Jerónimo de Aguilar, fue rescatado en febrero de 1519 por Hernán Cortés, quien lo hizo su intérprete maya-español. Al ser rescatado, el irreconocible Jerónimo de Aguilar llevaba un viejo libro de *Horas de Nuestra Señora* atado a la manta que lo cubría, y sus primeras palabras, “mal mascado y peor pronunciado”, según Bernal Díaz, fueron: “Dios y Santa María y Sevilla.” De modo que entre 1511 y 1519 Jerónimo de Aguilar difundió algunos elementos de la religión cristiana y el culto a la Virgen María entre los mayas de Yucatán.

El otro naufrago, Gonzalo Guerrero, no quiso regresar con los españoles, pues se había casado con una mujer maya, con la que había tenido hijos.⁸ Murió en 1536 luchando contra sus compatriotas españoles con los mayas, a los que dio entrenamiento militar a la española. Guerrero informó a los mayas sobre los españoles, sobre sus tácticas guerreras y sus vanas costumbres y creencias, que él había abandonado.

La noticia sobre la presencia de estos dos españoles se difundió entre los mayas. Desde la expedición en febrero y marzo de 1517 de Francisco Hernández de Córdoba, los indios de Campeche le informaron sobre unos hombres de “Castilan”. El conquistador vuelto cronista Bernal Díaz del Castillo recordó: “y nos señalaron con las manos que si veníamos de donde sale el sol, y decían *Castilan, castilan* y no miramos en lo de la plática del *castilan*”.⁹

Bernal Díaz y el vizcaíno Martín Ramos le platicaron a Hernán Cortés sobre lo que los in-

dios de Yucatán decían sobre hombres de Castilán. Cortés decidió buscar a los naufragos al llegar a Yucatán, pues sabía de la necesidad de un intérprete, pues no le bastaban Julianillo y Melchorejo, mayas de Cabo Catoche capturados por Hernández de Córdoba.¹⁰ Y una de las Instrucciones de Diego Velázquez a Hernán Cortés, hechas en Santiago de Cuba el 23 de octubre de 1518 (basadas en las Instrucciones de los gobernadores jerónimos de Santo Domingo, redactadas por el licenciado Zuazo), le encargaba buscar y liberar a seis naufragos cristianos que se encontraban cautivos en “la isla de Yucatán, Santa María de los Remedios” (así llamada por la Virgen de la catedral de Sevilla).¹¹

La espada de Moctezuma

Francisco López de Gómara refirió en 1552 varias “Señales y prognósticos de la destrucción de México” que sucedieron “poco antes que Fernando Cortés llegase a la Nueva España”. Muchas noches, dos horas antes de amanecer, aparecía un gran resplandor sobre la mar hacia el oriente; también hacia el oriente, los habitantes de la ciudad de México veían “llamas de fuego” y “un humo grande y espeso que parecía llegar al cielo”; vieron asimismo “pelear por el aire gentes armadas”, lo cual preocupó a la gente debido a que “se platicaba entre ellos cómo había de ir gente blanca y barbuda a señorear la tierra”.¹²

López de Gómara narra que se alteraron mucho los señores de Tetzco y Tlacopan (los señoríos que, con Tenochtitlan, formaban la Triple Alianza), al saber de una espada y unos vestidos extraños que ocultaba Moctezuma. Lo fueron a ver y, para aplacarlos, éste les dijo que las ropas y armas habían pertenecido a sus antepasados y, para que le creyesen, les hizo tratar de romper la espada. No pudieron, y “cayeron en que se habían de perder, entrando en su tierras los hombres de aquellas armas y vestidos”.

López de Gómara refiere el origen de estas armas y ropas: “Parece ser que ciertos hombres de la costa habían poco antes llevado a Moteczuma una caja de vestidos con aquella espada y

ciertos anillos de oro y otras cosas de las nuestras, que hallaron a orillas del agua, traídas con tormenta.”

Este episodio nos da una prueba más de que años antes de 1517, los mesoamericanos tuvieron pruebas tangibles de la presencia de seres extraños y poderosos hacia el oriente. También vemos cómo la información que se filtraba en la sociedad trataba de ser contenida por el poder imperial. Y vemos finalmente cómo la información “verdadera” se imbricaba de manera inmediata con información “mitológica”, o más bien mitologizada. El dato ineludible: unas armas y ropajes extraños, indicio de la cercanía de seres extraños y destructores, se mitologizó rápidamente al mezclarse con erupciones volcánicas, figuras en las nubes, cometas, tormentas eléctricas, etcétera.

La joven y guapa jamaiquina de Cozumel, 1516

No eran frecuentes ni regulares, pero sí se producían contactos entre las islas antillanas y la península de Yucatán.¹³ A partir de evidencias iconográficas, culturales y lingüísticas (como la afinidad entre la *coa* antillana y la *coatl* nahua), Eugenio Fernández Méndez supone que estos contactos se produjeron desde tiempos remotos, acaso en el preclásico mesoamericano.¹⁴ Las corrientes marítimas del Golfo de México van de este a oeste, por lo que eran más las embarcaciones que llegaban de las Antillas a tierras mayas que al revés. Es ilustrativa la historia de la joven y guapa jamaiquina que naufragó en 1516 y vivía entre los mayas de la isla de Cozumel.

El lunes 3 de mayo de 1518, día de la Santa Cruz, el capitán Juan de Grijalva, al mando de tres carabelas, llegó a la isla de Cozumel, que llamó de Santa Cruz por el día del descubrimiento, y pensando en las enigmáticas cruces que los hombres de la expedición de Francisco Hernández de Córdoba encontraron el año anterior en los templos de la isla de Yucatán, Santa María de los Remedios. Se acercaron cinco canoas a las carabelas de Grijalva, quien les

mandó decir por medio del intérprete Julianillo que se acercasen sin miedo, pero los mayas de la canoa no contestaron y se alejaron. Mientras recorrían la costa de la isla, los españoles vieron “muchas ahumadas, a manera de apercebimiento e aviso para los de la comarca”, refiere el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo.¹⁵ La noticia de la presencia de naves extrañas se supo en toda la isla.

Bernal Díaz del Castillo, uno de los hombres de Grijalva, recordó cuarenta años después que cuando los españoles saltaron a tierra, llegaron a un pueblo, pero todos sus habitantes “se fueron huyendo desde vieron venir los navíos a la vela, porque jamás habían visto tal”.¹⁶ Grijalva encontró sólo a dos ancianos, escondidos en unos maizales. Con Julianillo y Melchorejo como intérpretes, Grijalva trató de convencer al par de ancianos de que fueran a llamar a la gente del pueblo. Los ancianos se fueron, y no volvieron. Pero “estándoles aguardando, vino una india moza, de buen parecer, e comenzó a hablar la lengua de la isla de Jamaica”, y les dijo que la gente había huido a los montes por miedo.

Bernal Díaz y otros hombres se extrañaron mucho de reconocer la lengua taína en zona maya: “y como muchos de nuestros soldados e yo entendíamos muy bien aquella lengua, que es la de Cuba, nos admiramos y le preguntamos que cómo estaba allí, y dijo que había dos años que dio al través con una canoa grande en que iban a pescar diez indios de Jamaica a unas isletas y que las corrientes la echaron en aquella tierra, mataron a su marido y a todos los demás indios jamaicanos, sus compañeros, y los sacrificaron a los ídolos”.

Al oír la historia de la joven jamaiquina, el capitán Grijalva pensó que “sería buena mensajera” y la mandó a llamar pacíficamente a la gente de la isla. La jamaiquina volvió pronto e informó a los españoles que los habitantes de Cozumel no querían regresar. Entonces Grijalva resolvió embarcarse rumbo a “la isla de Yucatán”, “y la india de Jamaica se fue con nosotros” (supongo que por su “buen parecer” y porque sirvió como intérprete maya-taíno, complementándose con los españoles que hablaban taíno).

Bernal Díaz aclara que prefirieron mandar como mensajera a la jamaiquina porque temían que si enviaban a los mayas Julianillo y Melchorejo, éstos aprovecharían para regresar a su tierra, pues estaba muy cerca, “obra de cuatro leguas”.

De este modo se confirma que había contactos esporádicos, accidentales entre las tierras mayas y las islas antillanas. Como en el naufragio en 1511 del barco en el que venían Aguilar y Guerrero, la mayor parte de los extraños fueron sacrificados por los mayas, pero no todos. Puede pensarse que la joven jamaiquina transmitió a los de Cozumel noticias sobre la nociva presencia española en Jamaica y otras islas. Tal vez por saber lo pernicioso que eran los españoles en las islas, los naturales de Cozumel huyeron al ver y saberse de sus barcos, y los dos ancianos no quisieron regresar, ni los habitantes de la isla, aun llamados por la joven jamaiquina. Ella también les debió contar sobre el insatisfecho gobernador de la isla de Jamaica, Francisco de Garay, y de la bella imagen de la Virgen María que traía consigo,¹⁷ parecida a la que les mostraba en su preciado libro el hombre de Castilla, Jerónimo de Aguilar.

Corre la voz en Mesoamérica

Era fácil y común la comunicación en canoas entre la isla de Cozumel y la península de Yucatán. Muchos de los naturales de Cozumel eran mercaderes, y a su santuario, con ídolos que representaban diosas femeninas y serpientes, escribe Bernal Díaz del Castillo, “venían muchos indios en romería [...], los cuales eran naturales de los pueblos comarcanos de la punta de Cotoche y de otras partes de tierras de Yucatán”.¹⁸ En estas peregrinaciones, fiestas religiosas y mercados, la noticia de la presencia de la joven extranjera jamaiquina en Cozumel, donde tanto se veneraba a la diosa madre, se debió difundir velozmente. Lo mismo sucedió con el encuentro de 1502 y los naufragos de 1511.

Bernal Díaz refiere que cuando la expedición de Juan de Grijalva llegó en 1518 al río tabas-

queño que recibió ese mismo nombre, oyeron el ruido de cortar madera, pues los indios fabricaban grandes mamparas para “aderezarse para nos dar guerra, porque habían sabido de lo que pasó en Potonchan [Champotón] y tenían la guerra por muy cierta”. Poco después, a través de Julianillo y Melchorejo, Grijalva dialogó con treinta indios de Tabasco que finalmente se aproximaron y le pidieron “que mirásemos no les diésemos guerra como en Potonchan [...], que bien sabían que pocos días había que habíamos muerto y herido sobre más de doscientos hombres en Potonchan”.¹⁹ Muy rápidamente, en cuestión de días, los indios de Tabasco se enteraron de que los de Potonchan, que en 1517 habían desbaratado a los hombres de la primera expedición de hombres de Castilla, la de Hernández de Córdoba, ahora habían sido duramente derrotados por las más prevenidas fuerzas de Grijalva.

Juan de Grijalva se enteró de la existencia del imperio mexica gracias a los tabasqueños que le señalaron el rumbo del occidente repitiendo: “Culua, Mexico”. Relaciones comerciales y tributarias vinculaban a la provincia de Tabasco con el imperio mexica, al que estaba sometida. Recuérdese la historia de doña Marina, la Malintzin (ca. 1504-1531): aún era niña cuando murió su padre, cacique de Painala, señorío nahua cerca de Coatzacoalcos; su madre se volvió a casar, tuvo un niño con el nuevo marido, quien para favorecer a su hijo vendió a Marina a unos mercaderes de Xicalanco, que la llevaron a Tabasco, donde el 15 de abril de 1519 fue regalada a Hernán Cortés.

De hecho, según Bernal Díaz, el emperador Moctezuma:

tuvo noticia de la primera vez que venimos con Francisco Hernández de Córdoba, lo que nos acaeció en la batalla de Catoche y en la de Champotón, y ahora deste viaje la batalla del mismo Champotón, y supo que éramos nosotros pocos soldados y los de aquel pueblo muchos, e al fin entendió que

nuestra demanda era buscar oro a trueque del rescate que traíamos, e todo se lo habían llevado pintado en unos paños que hacen de henequén, que es como de lino.²⁰

Si gracias a sus *tlacuilos* (pintores) y a su eficiente sistema de correo, Moctezuma estuvo informado del desastre de Hernández de Córdoba en Champotón en 1517 y de la victoria allí mismo de Grijalva en 1518, en la remota región maya, no cabe dudar de que, desde una fecha muy temprana, los mexicas tuvieron noticia de la presencia de los extraños y poderosos hombres de Castilla en las islas antillanas. Y no olvidemos que Moctezuma contaba también con los *pochteca*, mercaderes que también eran espías e informadores.

Bien se ve que los mesoamericanos supieron de los españoles mucho antes de que los españoles supieran de los mesoamericanos. Las vías de transmisión de las noticias al resto de Mesoamérica eran múltiples. Ya vimos el eficiente canal de las rutas comerciales, pero la noticia también se transmitió de boca en boca, como rumor, por capilaridad. Funcionó el “teléfono descompuesto”. Esto permite reconsiderar la cuestionada historicidad de los augurios o presagios de la conquista española.²¹ Los presagios ya no pueden ser vistos como un medio providencial que tuvieron los mesoamericanos para anticipar, gracias a Dios, al Diablo o a sus dioses, la conquista española; pero tampoco pueden ser considerados una invención pura *a posteriori* hecha en el siglo XVI por los indios o los españoles, siguiendo los patrones europeos de augurios. Los presagios de la conquista fueron una manera mediante la cual la información de la presencia española se transmitió mitologizada en las distintas capas y regiones de Mesoamérica, de acuerdo con los varios patrones de pensamiento y transmisión de la información de una sociedad con un pensamiento cíclico y religioso. Posteriormente, en el siglo XVI, estos augurios revistieron en las fuentes la forma europeizada que llegó hasta nosotros.

Notas

¹ Hernando Colón, *Vida del Almirante don Cristóbal Colón*, Ramón Iglesia (ed.), México, FCE (Biblioteca Americana), 1947, pp. 274-275; y fray Bartolomé de las Casas, OP, *Historia de las Indias*, Agustín Millares Carlo y Lewis Hanke (eds.), México, FCE (Biblioteca Americana), 1951, lib. II, caps. xx y xi.

² Fray Bernardino de Sahagún, OFM, y colaboradores nahuas, *Códice Florentino*, edición facsimilar, Florencia, Giunti Barbera/Gobierno de la República Mexicana, 1979, 3 vols., lib. VIII, cap. i, f. 2v. Este texto es casi igual al del *Códice Matritense* de la Real Academia de Historia.

³ James Lockhart, *We People Here: Nahuatl Accounts of the Conquest of Mexico*, Berkeley-Los Angeles-Londres, University of California Press, 1993, pp. 50 y 301.

⁴ Carl O. Sauer, *The Early Spanish Main*, Berkeley, University of California Press, 1966, cap. vi, p. 129.

⁵ *Relación de las ceremonias y rictos y poblacion y gobernation de los yndios de la provincia de Mechuacan... (Relación de Michoacán)*, Biblioteca de El Escorial, España, tercera parte, cap. xx. La mejor edición es la facsimilar de Madrid, Aguilar, 1956, con transcripción de José Tudela y estudios y notas de José Corona Núñez y Paul Kirchhoff; reed. monocromática, Morelia Balsal, 1977 (omite notas y el estudio de Kirchhoff). Puede consultarse la edición de Francisco Miranda Godínez, con reproducciones de las pinturas a color, Morelia, Fimax Publicistas, 1980. Esta edición fue reeditada, inexplicablemente, sin las ilustraciones y sin dar crédito a la edición de Fimax, en México por la SEP (Cien de México) en 1988.

⁶ J. Benedict Warren, "Fray Jerónimo de Alcalá: Author of the *Relación de Michoacán*?", *The Americas*, vol. XXVII, núm. 3, 1971, pp. 307-326; Traducción en *Anuario*, Escuela de Historia de la Universidad Michoacana, núm. 2, 1977.

⁷ Eduardo Ruiz, *Michoacán, paisajes, tradiciones y leyendas*, México, 1891; edición facsimilar, México, Innovación, 1979, p. 403.

⁸ Andrés de Tapia, "Relación de la conquista de México" (escrita hacia 1546), en Joaquín García Icazbalceta (ed.), *Colección de documentos para la historia de México*, t. II, México, 1866; edición facsimilar, México, Porrúa, 1971; y Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* (escrita entre 1551 y 1575, publicado en 1632), edición crítica de Carmelo Sáenz de Santa María, Madrid, México, CSIC/UNAM, 1982, cap. xxix.

⁹ Bernal Díaz, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, cap. iii.

¹⁰ *Idem*, cap. xxvii.

¹¹ Diego Velázquez, "Instrucciones a Hernán Cortés", Santiago de Cuba, 23 de octubre de 1518, en José Luis Martínez (ed.), *Documentos cortesianos*, t. I, México, FCE (Sección de Obras de Historia), UNAM, 1990, pp. 45-57.

¹² Francisco López de Gómara, *La historia de las Indias y conquista de Mexico*, Zaragoza, Agustín Millán, 1552 (edición facsimilar, con "Breves noticias sobre el autor y la obra" de Edmundo O'Gorman, México, Con-dumex, 1977), *La conquista de Mexico*, cap. cxlv. La edición de México, Porrúa (Sepan cuántos, 566), 1988 (con estudio preliminar de Juan Miralles Ostos), tiene errores de transcripción; por ejemplo, aquí mismo: "diciendo que la espada de [que] Moteczuma tenía en [era] las armas de aquellas gentes del aire".

¹³ Carmen Bernard y Serge Gruzinski, *Histoire du Nouveau Monde*, vol. I: *De la découverte a la conquête, une expérience européenne, 1492-1550*, París, Fayard, 1991; traducción, México, FCE (Sección de Obras de Historia), 1995, cap. i: "Antes de la invasión".

¹⁴ Eugenio Fernández Méndez, *Art and Mythology of the Taino Indians of the Greater West Indies*, San Juan, Puerto Rico, El Cemí, 1972, p. 75.

¹⁵ Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, *Historia general y natural de las Indias, islas y Tierra Firme del mar océano* (1535, 1547), Juan Pérez de Tudela Bueso (ed.), Madrid, Atlas (BAE 117-121), 1959, lib. XVIII, cap. viii.

¹⁶ Bernal Díaz, *op. cit.*, cap. viii. Habría que comparar esta narración con la versión, mucho más temprana, que da el cronista Oviedo (lib. XVIII, cap. x).

¹⁷ Según las interpolaciones mercedarias a la primera edición de la *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España* (1632), *op. cit.*, vol. I, Apéndice.

¹⁸ *Idem*, cap. xxvii.

¹⁹ *Idem*, cap. xi.

²⁰ *Idem*, cap. xiii.

²¹ El primero en vincular los presagios con los primeros contactos y los rumores de la cercana presencia española fue William H. Prescott, *Historia de la conquista de México* (1843), traducción de don José María González de la Vega, anotada por don Lucas Alamán, con notas críticas y esclarecimientos de don José Fernando Ramírez, prólogo, notas y apéndices por Juan A. Ortega y Medina, México, Porrúa (Sepan cuántos, 150), 1970. Miguel León-Portilla descalifica el "materialismo" de esta posición ("Profecías y portentos en vísperas de la Conquista", en Lepoldo Zea (comp.), *Ideas y presagios del descubrimiento de América*, México, FCE (Tierra Firme)/ Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1991, pp. 53-82, especialmente 76 y ss). Ensayos más recientes son los de Ryszard Tomicki, "Las profecías aztecas de principios del siglo XVI y los contactos maya-españoles. Una hipótesis", *Xochipilli*, vol. I, núm. 1, 1986, pp. 19-30; Hugh Thomas, *The Conquest of Mexico*, Londres, Hutchinson, 1993; traducción de Víctor Alba y C. Boune, *La conquista de México*, Barcelona, Planeta, 1994, cap. iv; y Michel Graulich, *Montezuma, ou l'apogée et la chute de l'empire aztèque*, París, Fayard, 1994, cap. viii: "Les signes avant-coureurs de la chute de l'empire".